

A person wearing a white, long-sleeved robe with a high collar, seen from the back. They are holding a human skull in their hands, which are positioned in front of their chest. The background is a warm, golden light, possibly from a window or a stage light, creating a dramatic and somber atmosphere. The person's hands are visible, and they appear to be holding the skull gently.

EL BAILE  
DE LOS  
MUERTOS

CARE  
SANTOS

CROSS  
BOOKS

EL BAILE  
DE LOS  
MUERTOS

CARE  
SANTOS



CROSSBOOKS, 2021  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrojuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Care Santos

© Editorial Planeta S. A., 2021  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: octubre de 2021  
ISBN: 978-84-08-21486-1  
Depósito legal: B. 13.586-2021  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Añicos

—¿Cómoooooooo? ¿Con ese idiota?

El berrido furioso de la reina asustó a su hermana Luisa y a la condesa, que esperaban fuera temiendo lo que podía pasar. Le siguió un golpe seco contra la gran puerta de maderas nobles y el sonido de algo frágil y grande al hacerse añicos contra el suelo. Tanto la infanta como la condesa sabían que la reacción de Isabel iba a ser iracunda, pero no esperaban que llegara a tanto. Se asustaron. Dentro del saloncito de la reina, los gritos continuaban desaforados:

—¡Cállate! ¡No quiero! ¡Me da igual que me lo exija el Parlamento! ¡No quiero casarme con ese asqueroso! ¡No le soporto!

Dentro del saloncito se desarrollaba una audiencia entre Isabel, joven reina de quince años, y Francisco Javier de Istúriz, presidente del Consejo de Ministros. El motivo de la cita era comunicarle a su majestad la decisión que estaba esperando desde hacía meses y que en los últimos días no la había dejado dormir. Los parlamentarios habían decidido aquella misma tarde quién sería su marido. Ella esperaba que por lo menos tuvieran en cuenta su opinión, pero no fue así. Deseaba que el candidato fuera Antonio de Orleans, pero

fue Francisco, a quien todos llamaban Paquito o, peor, Paquita.

—¡Con Paquito no! ¡Por favor! ¡Habla con mi madre! ¡Ella te dirá que no es posible!

Pero Istúriz se guardaba un as en la manga:

—Vuestra madre está de acuerdo en que el nuevo candidato es el mejor para vos, majestad. Precisamente tengo aquí una carta donde lo dice, ¿queréis verla?

La reina tomó la carta con mano temblorosa mientras sentía que una enorme tristeza se apoderaba de su alma. Entonces, ¿su madre la había engañado cuando le decía que el mejor para ella era Antonio de Orleans? ¿Cuando le prometió que haría todo lo posible porque así fuera? ¿O había sido demasiado perezosa para defender la voluntad de su hija ante los interesados parlamentarios? ¿Era posible que su madre la hubiera engañado?

Leyó la carta despacio, tomándose su tiempo. Dejó que las lágrimas incomodaran a Istúriz. Se sintió profundamente traicionada. No era la primera vez. Al terminar de leer arrugó el papel, lo arrojó al suelo con rabia y espetó:

—¡No, no y no! ¡Estáis todos confabulados! ¡No pienso casarme con ese!

—Me temo que no os queda otro remedio, majestad —surró Istúriz, cada vez más incómodo—. La fecha de la boda ya está fijada y esta misma tarde ha salido un correo hacia Nápoles para comunicárselo a vuestro futuro marido. En pocos días estará en palacio.

—¡No, no y no! ¡No quiero! ¡Buscadme otro candidato! ¡Cualquiera estará mejor que Paquito! ¡Habéis elegido al peor de todos! ¡Al más tonto, al más feo, al más...! —berreó Isabel, y no pronunció la última palabra, que sin embargo el presidente adivinó.

Istúriz no dijo nada, pero de contestar habría tenido que

reconocer que la reina tenía razón: se habían barajado un montón de candidatos, herederos de todas las casas reales europeas, Habsburgos, Braganzas, Orleans y también Borbones. El matrimonio de la joven reina de España, que tenía fama —merecida— de tonta e inexperta, preocupaba tanto a los países más influyentes que todos hicieron lo posible porque les favoreciera o, por lo menos, porque no les perjudicara. Nadie quería que el futuro rey fuera ni muy listo ni muy poderoso. Francia no quería un inglés en el trono español e Inglaterra hizo todo lo posible porque no lo ocupara un francés. Al final todos se dieron por satisfechos con la elección de un príncipe de carácter débil, bastante inútil para todo y —según decían— impotente. Aquel candidato gustó a todos, porque les aseguraba seguir manejando a la reina a su antojo sin que él se inmiscuyera. Y, además, con un poco de suerte, la pareja no tendría hijos.

—¡No eres tú quien tendrá que dormir con él todas las noches! —berreó la reina, fuera de sí, a menos de un palmo de la cara oronda y venerable del presidente—. Yo quiero a Antonio de Orleans. ¡Es mucho más apropiado para mí!

Istúriz ni se inmutó. Le daba lástima la situación de la joven reina, al tiempo que le sacaban de quicio su genio y su espontaneidad.

La infanta Luisa, que seguía atenta a cuanto se decía en el saloncito de su hermana, desde su puesto de vigilancia en el pasillo, no pudo evitar sonreír con maldad. No podía oír la voz siempre discreta del presidente, pero supo lo que le estaba diciendo ahora a Isabel: que Antonio de Orleans no podía ser su marido porque iba a casarse con su hermana. Así lo habían arreglado María Cristina y el rey de Francia para satisfacción de todos. Ya que no podía ser rey, al menos sería infante. Todos contentos. Además, había otra noticia: habían decidido que la boda sería doble, ya que ella y su hermana

Luisa se casarían en una misma ceremonia con Francisco y Antonio. Sería en el salón del trono, que se engalanaría con todo lujo para la ocasión, el 10 de octubre siguiente, justo el día en que Isabel iba a cumplir dieciséis años. Después habría un pasacalle, en el que podría saludar a sus súbditos desde una calesa, como tanto le gustaba. El día terminaría con funciones de teatro extraordinarias y unos magníficos fuegos artificiales en los que ya estaban comenzando a trabajar unos artificieros franceses que eran lo mejor de...

Pero Isabel no escuchaba. No quería saber nada de fuegos artificiales. Se sentía igual que si Istúriz acabara de comunicarle su condena a muerte.

—¿El 10 de octubre? —gritó de nuevo—. ¿Tan pronto?

—Es lo mejor, majestad —dijo el presidente, procurando permanecer templado en medio de aquella tormenta.

—¿Lo mejor para quién? —berreó ella.

—Para vuestro país, majestad.

—¿Y quién piensa en mí? ¡Si hasta mi madre me ha traicionado!

Istúriz bajó la cabeza. También a él le había parecido que María Cristina tenía más interés en sus asuntos que en el bienestar de su hija. Cuando alzó la cabeza vio que la reina se estaba rascando furiosamente los dorsos de ambas manos. Tanto que de los arañazos comenzaban a brotar hilillos de sangre.

—¡Por favor, majestad! ¡No hagáis eso! Os vais a hacer daño.

—¡No puedo evitarlo! Cuando me pongo nerviosa... —y al instante recobró el hilo que el presidente había interrumpido y se derrumbó en el suelo, llorando—: ¡Paquito es horrible! ¡No quiero!

La condesa, desde el pasillo, frunció los labios e hizo ademán de entrar en el saloncito para consolar a su pupila, pero Luisa la detuvo con unas palabras:

—Es una audiencia privada —le recordó.

La condesa aceptó a regañadientes el papel que la historia le estaba reservando. Tenía un exagerado sentido del deber. Sabía que el interés de su país estaba por delante del interés de una niña de quince años.

—Ese ruido que hemos oído —susurró la condesa—, ¿creéis que será porque le ha lanzado uno de los jarrones chinos?

—Espero que no —musitó la infanta—, porque esos jarrones fueron un regalo que recibió mi tatarabuelo y siempre he oído decir que valen una fortuna.

Sonó otro golpe seco contra la puerta y más añicos. Y un nuevo alarido desaforado de Isabel:

—¡Lárgate! ¡No quiero oír ni media palabra más! ¡Si no te vas ahora mismo me tiro por la ventana! ¡Te juro que me tiro, me tiro, me tiro...! —gritaba tanto que se le rompía la voz y emitía unos aullidos patéticos. De pronto todos oyeron que comenzaba a hipar.

Se abrió la puerta con violencia. Por el resquicio escapó el presidente, que iba vestido con gran elegancia y llevaba el sombrero de copa en la mano. Estaba pálido y tenía la cara descompuesta. Sudaba. Durante un par de segundos, el berriñche de la reina llegó con más claridad a los oídos del aya y de la infanta. Luego el hombre cerró la gran puerta, se apoyó en ella, soltó un bufido de alivio y dijo:

—Su majestad está histérica —se pasó un pañuelo por la frente—. La noticia no le ha gustado en absoluto.

—Era previsible —murmuró Luisa.

—He intentado explicarle, hacerla razonar. No ha habido forma. Está intratable.

La condesa salió en defensa de su pupila:

—Dadle un poco de tiempo, señor. No es más que una niña de quince años. Piense que a su edad las jóvenes...

—¡Es la reina de España! ¡Debería tener algo más de educación! ¡Por poco me mata con esos jarrones!

Luisa y la condesa se miraron, comprendieron que los jarrones chinos de Carlos IV habían dejado de existir.

—Hable usted con ella, condesa, se lo ruego —rebufó el presidente—. Debe conseguir que se calme un poco, que lo entienda. Yo me rindo.

Lanzó una mirada derrotada a la infanta Luisa Fernanda y a la condesa y se alejó por el pasillo con el aire de un pavo real ofendido.

La condesa se apresuró a entrar en el saloncito, sin llamar, seguida de la infanta Luisa. Las estancias privadas de la reina estaban en penumbra. Los cortinajes de terciopelo amarillo estaban corridos e impedían la entrada del sol de la tarde. Junto a la puerta reconocieron los añicos de los dos jarrones de la dinastía Ming, pintados a mano con figuras de hermosos colores y con las asas de oro, que hasta un rato antes adornaban la chimenea. Piezas únicas de un valor incalculable.

La reina se encontraba apenas unos pasos más allá, derrumbada sobre la alfombra, con las largas faldas levantadas hasta las rodillas y los puños apretados. Pataleaba con todas sus fuerzas y gritaba:

—¡Quiero morirme! ¡Quiero morirme! ¡Quiero morirme!  
¡Prefiero la tumba antes que meterme en la cama con eso!

La condesa se acercó a ella despacio, con cuidado, como si se aproximara a un animal salvaje. Conocía bien los accesos de ira de la reina.

—Vamos, majestad. Levantaos del suelo. No es propio de vuestra condición que estéis...

—¡Fuera! ¡Déjame! ¡Tú lo sabías! ¡Y Luisa también!  
¡Y mamá! Atreveos a jurarme que no es verdad. —Ni Luisa ni la condesa pudieron desmentirla, así que añadió—: Sois

unas traidoras. Para mí desde hoy las dos estáis muertas. Y también lo está María Cristina. Debería haberlo esperado de ella.

—Majestad, no debéis hablar mal de vuestra madr...

—¡Desde hoy ya no es mi madre! ¡Es mi enemiga! —y como las dos la miraban quietas y como petrificadas de espanto, Isabel volvió a lanzar uno de sus alaridos bestiales:

—¡Marchaos! ¡Fuera de aquí! ¡No quiero volver a veros en mis aposentos! ¡Si no os vais, llamo a los lanceros!

Era tal el ataque de ira de su majestad que las dos temieron que cumpliera su palabra y salieron a toda prisa. Apoyadas en los lujosos portones, se miraron sin saber qué hacer.

—Isabel y Paquito se odian desde pequeños —explicó Luisa, que siempre estuvo muy unida a su hermana.

—¿Vos sabíais que Isabel se había hecho ilusiones con Antonio de Orleans? —quiso saber la condesa, que estaba cada vez más confundida.

Luisa bajó la mirada y se ruborizó un poco, pero enseguida respondió, con un cierto aire de insolencia:

—Si se hizo ilusiones es porque no se mira lo bastante al espejo. ¡Todo el mundo se da cuenta de que Antonio es demasiado guapo para ella!

—¿Lo sabíais? —abrió mucho los ojos la condesa—. ¿Y por qué no dijisteis nada? ¿Por qué dejasteis que vuestra madre organizara todo est...?

—Porque yo tampoco quiero casarme con nuestro primo Francisco el horrible. Y porque Antonio es tan guapo... —puso los ojos en blanco, o lo intentó—. Además, mamá dice que Antonio y yo formamos una buena pareja. Que tenemos mucho en común.

La condesa estuvo, por una vez, de acuerdo con María Cristina. Luisa y Antonio de Orleans compartían una ambición desmedida. Estaba segura de que se llevarían bien. Isa-

bel, en cambio, le inspiraba una inmensa lástima. Le hubiera gustado ayudarla, pero ¿cómo podía hacerlo? Del interior de la sala llegaban de nuevo sus sollozos desesperados. No eran los de una reina, desde luego. Eran los de una niña que acaba de saber que la noticia que esperaba con ilusión es en realidad una encerrona muy bien planificada. La condesa frunció el ceño en un gesto de tristeza. Tenía que pensar algo.

Cansada de estar allí sin hacer nada, Luisa dijo:

—Voy a escribir a mamá para contarle lo ocurrido.

La condesa se quedó allí, velando la puerta, con el corazón en vilo. Isabel seguía llorando con tanta furia como no recordaba haberla escuchado jamás. Ni siquiera cuando de niña berreaba todas las noches llamando a su madre hasta que se dormía, cansada de llorar. Ni siquiera cuando comprendió que su madre no iba a volver, porque tenía otros hijos en Francia a los que cuidaba con el amor que ella nunca recibió. Ni siquiera cuando comenzó a comprender que ser reina de España consistía en estar sola.

Isabel tardó un buen rato aún en aplacarse un poco, pero con el paso de los minutos el llanto fue haciéndose menos violento, para luego comenzar a calmarse muy despacio y, al fin, cesar del todo. La condesa pensó que la reina tal vez se había dormido de puro agotamiento. A pesar de todo, no se atrevía a alejarse de la puerta. Se preguntaba si debía entrar o no en el gabinete cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Isabel, con los ojos hinchados de llorar.

—Quiero que venga sor Patrocinio. Mandad un coche a buscarla —ordenó con voz nasal—. ¡De inmediato! —y cerró de nuevo de un portazo.

¿Sor Patrocinio? Solo de escuchar aquel nombre el aya sintió un escalofrío.

La condesa ni siquiera tuvo tiempo de protestar, ni de dar su opinión, ni de decirle que sor Patrocinio no era bien reci-

bida en palacio, donde en otros tiempos se había granjeado muchos enemigos. Y, por supuesto, que ella desaprobaba por completo la relación entre la reina y esa... Estaba pensando en ello cuando la puerta volvió a abrirse y la reina asomó de nuevo la cabeza, bastante despeinada, para añadir:

—¿A qué estáis esperando? ¡Cumplid mis órdenes enseguida! Decidle a sor Patrocinio que la reina la está esperando.

Y sonó otro portazo, más contundente aún que los anteriores.

La condesa comprendió que no tenía elección y, muy a su pesar, se dispuso a cumplir la voluntad real.

—En resumen —susurró—: que en un rato tendremos dos locas en lugar de una.